

P. RAFAEL LANDÍVAR.

P. RAFAEL LANDÍVAR.



P. RAFAEL LANDÍVAR.

LOS LAGOS DE MÉXICO.

LIBRO PRIMERO DEL POEMA LATINO INTITULADO «RUSTICATIO  
MEXICANA», DEL P. RAFAEL LANDÍVAR, S. I.

*Versión parafrástica de D. Joaquín Arcadio Pagaza.*

Obtegat arcanis alius sua sensa figuris,  
Abstrusas quarum nemo penetrare latebras  
Ausit, et ingrato mentem torquere labore.

Disfrace con retóricas figuras  
El otro su palabra y pensamiento;  
Porque ninguno intente  
Penetrar en latebras tan oscuras,  
Y á su mente confusa dar tormento;  
Ora conceda raciocinio al bruto,  
Ora suave acento;  
Ya de armas nos presente el campo hirsuto;  
Ya debelada la extendida tierra  
Por el furor de asoladora guerra.  
    Á mí me agrada, sólo, del nativo  
Suelo ferace recorrer los prados  
Al impulso de vivo  
Patrio amor, y los lagos azulados  
De México; y de Flora á los serenos



Huertecillos flotantes  
De amapolas, y lirio y rosa llenos  
Ir en canoas leves y sonantes.  
Ya la cumbre negruzca del Jorullo,  
En donde impera el sículo Vulcano;  
Ya los arroyos, que con blando arrullo,  
Del monte bajan á regar el llano,  
He de cantar, y la preciosa grana,  
Y el añil que reviste al campo ameno,  
Del castor los palacios, y las minas  
Que esconde Anáhuac en su virgen seno;  
Y las candidas mieles  
Que del azúcar la jugosa caña  
De México produce en los verjeles,  
Y que ávido el colono  
Se apresta diestro á condensar con maña  
De rojo barro en quebradizo cono.  
Y he de cantar los tímidos rebaños  
Que en este suelo pastan esparcidos;  
Y los murmurios de la clara fuente  
Siguiendo su corriente;  
Las costumbres de tiempos fenecidos;  
Y las variadas aves,  
Los sacrificios y los juegos graves.  
Debía, lo confieso,  
Antes vestirme con luctoso manto,  
Verter amargo y silencioso llanto,  
Y sucumbir de mi dolor al peso;  
Que, mientras nazcan flores  
De las colinas en las rampas bellas  
Y emitan luz radiosa las estrellas,  
He de llevar conmigo mis dolores.  
Mas ¡ay! que aun me obliga  
De la bárbara suerte la enemiga  
Y cruda mano que sus rudos tiros  
Á mí dirige, en el llagado pecho  
Á reprimir el duelo y los suspiros.  
¿Á qué fin exhalar tristes querellas?.....  
Antes mejor á la serena altura

Del Pindo subiré, y al rubio Apolo,  
Caudillo de las Ninfas y ventura,  
Invocaré tan sólo.  
¡Alguna vez apártase del suelo  
El alma herida por buscar consuelo!  
¡Tú, docto Cintio, que con mano amiga  
El plectro mueves y á las musas sacras  
Enseñas á entonar dulce cantiga,  
Tú, á mí, que narro cosas verdaderas,  
Que alguien, por raras, juzgará quimeras,  
Sé propicio; y llamado,  
Tu acento dame suave y regalado!  
Existe una ciudad al Occidente,  
Lejos de aquí, del mundo conocida  
Con el nombre de México; esplendente  
Es su cielo, muy amplia y concurrida,  
Famosa por sus ínclitas proezas,  
Por sus hijos, su clima y sus riquezas.  
En otro tiempo domeñó orgullosa  
Sin sombra de litigio  
Á la casta del indio recelosa,  
De fe, entusiasmo y de valor prodigio.  
El español ahora  
Á las razas y pueblos subyugando  
En guerra pertinaz y asoladora,  
El cetro empuña del supremo mando.  
Á esta ciudad limpísimas rodean  
De dos lagunas las cerúleas aguas,  
Donde á impulso del remo culebream  
Las ligeras y gráciles piraguas.  
No intento en mis cantares  
Hablar de todos los pequeños mares  
Que distan de la corte; pues no todos  
Acogen en su seno tantos ríos;  
Ni pueblan sus orillas y recodos  
Peces sin cuento de luciente escama;  
Ni flotan en su tersa superficie  
Tantos jardines de luciente grama  
Y de flores innúmeras vestidos;



Ni el aleteo escuchan y graznidos  
De ánades mil que pazcan á su margen;  
Sino de aquellos lagos que colora  
De púrpura la Aurora,  
Y el claro Febo al asomar la frente  
Sobre los montes del risueño Oriente,  
Con rayos de oro pródigo ilumina  
Quando al venir el aterido Invierno  
Al austral polo lánguido se inclina:  
Y aquel canal que viene serpeando  
Sin cesar, y al comercio favorece,  
Sus márgenes de espuma salpicando  
Y que resbala blando  
Delicia de los dulces moradores  
Ya que la orilla se corona en flores.  
    Á ellos vecinas, cabe la ribera  
Levántanse dos pueblos que renombre  
Á estas lagunas dieron;  
El uno es Chalco, llámase Tezcuco  
El otro, porque entrambos recibieron  
De la lengua vernácula su nombre.  
De un lago, más que de otro, preferidas  
Las aguas son, que miranse adormidas  
Acoger á las cóncavas chalupas,  
Y á la ciudad envuelta en gasa leve  
Circunvalar en forma de muralla;  
Porque aquellas de Chalco son más puras,  
Más dulces, y á los mansos habitantes  
De México ella nutre  
Con las mieses y cármenes flotantes  
Que en sus riberas cría;  
Y es primer gloria de inmortal valía  
Y ornamento del campo cultivado.  
    En su álveo extenso las amenas aguas  
Encierra y dulces; porque allí atesora  
La que le entra por cauces escondidos  
Linfá tranquila ó turbia y bullidora.  
Y otros sin nombre limpios arroyuelos;  
Y cien undosos ríos

Que desconfianza infunden y recelos  
Al valle con sus ímpetus bravíos.  
Allí no imperan el sañudo Bóreas  
Y el Austro nebuloso;  
Ni el Céfito feliz y Euro rabioso  
Se retan en aquellas soledades  
Líquidas, á la lucha, desatando  
Las sombrías y roncadas tempestades.  
Sólo se escucha allí murmurio blando;  
Los vientos de reinar sin esperanza,  
Se encierran en sus antros; mientras impera  
Sobre las linfas plácida bonanza.  
    Y aun cuando el valle truécase de Chalco  
En líquida llanura, dulce fuente  
Brotó en el centro en medio de las olas  
Callada y transparente;  
Y á la cual no colora de la orilla  
Aquella indócil y bermeja arcilla,  
Ni de campos vecinos y lodosos  
Le afean aluviones cenagosos;  
Sino que es incolora, pura, clara,  
Y tanto que las guijas de su seno  
Puede mirar cualquiera, y ¡cosa rara!  
Aun numerarlas. El arroyo ameno  
Al brotar del abismo con gran fuerza  
Gélida el agua arroja  
Y las aguas del lago desaloja  
En círculos que miranse menores  
Y se alejan haciéndose mayores.  
Como en tiempos remotos el Alfeo  
Argivo, que en sus áridas riberas  
Después de hundirse, por el antro obscuro  
Con rápido y eterno culebreo  
Resbala bien seguro  
Y ansioso en medio de las sombras fieras,  
Muy debajo del piélagó bravío,  
Y de las olas vanas  
Sin escuchar el rebramar impío,  
Hasta no ver las tierras sicilianas



Y salir, ¡oh Aretusa! por tu boca  
Y revestirte de argentada toca;  
No de otro modo viene aquella fuente  
Con lánguida corriente  
Por debajo las tierras socavadas  
Hasta aspirar las auras deseadas.

Pero, de donde fluya y tome origen  
Aqueste manantial, por qué se elevan  
Al nacer, y entre sí rabiosas bregan  
En grato desconcierto  
Las claras linfas, es del todo incierto.  
¿Ni quién negar ó defender podría  
Que el aire en las secretas cavidades  
Se satura de aquellas humedades  
Y en varias gotas, luego que se enfría,  
Se condensa, y las frondas  
Salpica de la grama; rueda al suelo;  
Allí se embebe, y en cerúleas ondas  
Abajo nace en forma de arroyuelo?  
¿Ó que las linfas de la mar salobre  
Se recalán tal vez en las cavernas  
Tenebrosas internas,  
Y luego suben su nivel buscando  
Por angostas y fáciles rendijas,  
El sabor amarguísimo dejando  
Entre la arena, pedernal y guijas,  
Hasta fluir encima la llanura  
Haciendo rebosar lagos y fuentes,  
Al heno humilde y árboles ingentes  
Dando incremento, júbilo y verdura?  
¿Ó que tal vez de los excelsos montes  
Donde se apoya el cristalino cielo,  
Vistiendo los azules horizontes  
De húmidas nubes y albicante hielo,  
Tomen origen las lagunas vastas,  
El manantial y plácido arroyuelo?  
Y aquesta es la sentencia  
Que confirman acordes la experiencia  
Y el razonado parecer de aquellos

Á quienes ocultó la recelosa  
Madre Naturaleza  
De sus arcanos la eternal grandeza,  
De sus obras la serie portentosa;  
Pues ni á nosotros reveló clemente  
El origen excelso de esta fuente.  
Porque, aunque el llano, de las crespas olas  
Divide las montañas y collado,  
Ninguno se levanta resguardado  
Y de grama vestido y frescas violas.  
No á muy larga distancia  
Dos montes llevan la orgullosa frente  
Hasta llegar al cielo refulgente  
Y con denuedo é insólita arrogancia  
Amenazarle. En la brumosa cumbre  
Nieve y hielos entrambos atesoran,  
Que en el espacio el aquilón coagula  
Y en muchas millas pródigo acumula.  
Estas nieves y hielos, á la lumbre  
Del claro sol líquidanse, y del viento  
Al raudo soplo, buscan el asiento  
Del monte, y gota á gota en las cavernas  
Se infiltran; abren brecha por un lado  
De aquellas ígneas y trementes fraguas;  
Y salen en ejército formado  
Á debelar á las palustres aguas.

Hay otra maravilla  
Insigne, insueta, de ínclito renombre,  
Y que entre todos los prodigios brilla:  
Una alta cruz de níveo y duro mármol,  
Del artista labrada por la diestra  
Y que pulida y diáfana se muestra,  
De aqueste manantial en lo más hondo,  
Tan bien plantada en el cerúleo fondo,  
Que no hay fuerza á arrancarla suficiente.  
Mas, qué indiquen aquestos monumentos,  
Y cuál sea su origen venerable,  
Nada dicen, y en niebla impenetrable  
Se envuelven los antiguos documentos.



Al ver este prodigio el cirreo Apolo  
Deje en silencio á la Castalia fuente;  
De Aretusa feliz las castas linfas  
Que al pie resbalan de palustres frondas,  
Y las líbicas ondas  
Desdeñe altivo Júpiter potente;  
Enmudezcan los númenes sombríos  
De los espúmeos y sonoros ríos;  
Y la fama en sus himnos inmortales  
Celebre de continuo  
De México los lípidos raudales  
Y el claro nombre que le dió el destino.

Apesuraos ahora,  
Ya que el cielo benigno nos concede  
Mares que el Noto alborotar no puede  
É invitan á la turba bullidora  
De flotantes y angostos barquichuelos;  
Yo, más osado, mi veloz barquilla  
Quiero amarrar de la verdosa orilla,  
Por ver de Flora los nadantes huertos  
Á que los indios hábiles y expertos  
Han llamado *Chinampas*. Tú, entretanto,  
¡Oh de Favonio peregrina esposa,  
Que ceñida de juncos, mirto y rosas,  
Al desplegar la orla de tu manto,  
Á la mustia pradera  
Das con las flores júbilo y encanto!;  
Dime, te ruego: ¿quién sobre las aguas,  
En prados flotadores,  
Sembró hortalizas, árboles y flores?  
¿Quién ha trocado en fértiles praderas  
Estos tranquilos y pequeños mares,  
Cuando vistes de fruta los pomares?

Los antiguos primeros mexicanos,  
En medio de la frígida laguna,  
La gran ciudad establecer ufanos  
Quisieron, con tan próspera fortuna,  
Con tal habilidad, que, andando el tiempo,  
Fué, por su bizarría,

El centro de esta grande monarquía.  
Mas ¡ay! con tal empeño, con tal fausto  
Los templos de sus dioses erigieron,  
Y palacios y alcázares subieron,  
Y alminares al éter zafirino;  
Tanto, y en breve, la industriosa gente,  
Sufrida, humilde, dócil y valiente,  
Más que otras razas, á aumentarse vino,  
Que al Rey de Azcapotzalco, á quien pagaban  
El tributo, recelos inspiraban.

Este monarca bárbaro nutría  
Un fuego que aumentaba por instantes  
Al ver multiplicar los habitantes  
De Tenochtitlan que á la par crecía;  
Y por eso resuelve la manera  
De aniquilarlos, y un nuevo tributo  
Les impone, que era  
Sobre sus fuerzas ¡hórrida quimera!  
Les manda que le lleven sin demora  
Sobre las linfas odorantes huertos,  
Sembrados con los frutos que atesora  
El Anáhuac, y de árboles cubiertos;  
Y que, si rehusaban  
Obedecerle, ¡situación horrible!  
Porque tal vez creyeran imposible  
Sus órdenes cumplir, arrasaría  
Á la ciudad, llevando sus furoros  
Al grado de amagar con muerte impía  
Á los inermes tristes moradores.  
Á los cielos alzaron sus gemidos  
Todos ellos confusos y afligidos,  
É hicieron resonar con sus lamentos,  
Mesando la erizada cabellera,  
Los templos de sus númenes sangrientos.  
Mas tantos males evitó prudente  
La rara habilidad de aquella gente.

Fiados en su ingenio y en la fuerza  
De sus robustos varoniles pechos,  
Á la obra se dedican;



Dejan sus ondas y pajizos techos;  
En los breñales hórridos se implican,  
Buscando en los senderos tortuosos  
Flexible esparto y árboles frondosos.  
Á cada cual con admirable tino  
Su labor le enseñaban, ofreciendo  
Por recompensa premio no mezquino.  
Unos desprenden las torcidas ramas  
De tiernos mimbres; otros las barquillas  
Llenan con ellas y con rubias gramas;  
Y éstos, á remo, las crujientes quillas  
Conducen á las plácidas orillas.  
Hierva el gentío, se fatiga y suda;  
Y el entusiasmo noble  
Á ver concluída la labor ayuda.  
Después que el pueblo con maduro examen  
Formó el acervo de madera y mimbre,  
Unidos todos con delgadas hojas,  
Y con tenaz esparto en vez de urdimbre,  
Á costa de fatigas y congojas,  
Largas alfombras ávidos tejieron  
Á oblonga estera en todo semejantes;  
Muy cerca de los muros las abrieron;  
Y aquí y allá dejando vastas sendas,  
Sobre el lago salobre las tendieron.  
Y porque no los vientos procelosos  
Esparzan, y se lleven las turgentes  
Bravas olas los cármenes nacientes,  
Ponen debajo de nudosos robles  
Vigas ingentes, y atan las esteras  
Al grande peso que las tiene inmóviles.

Apenas los felices mexicanos  
Vieron la obra terminar ufanos,  
Encaminaron las agudas proras  
Á la florida virginal ribera,  
Y desprenden los céspedes gramosos,  
Que podían trocarse en sementera.  
Y no de otra manera  
Discurren por los campos aromosos,

Encima de los frescos lauredales,  
Sin temer lluvias, vientos y calores,  
Libando el néctar de las tiernas flores  
Al henchir los enjambres sonorosos  
Sus nuevos y dulcísimos panales.  
Con el césped recargan las canoas,  
Y ágiles vuelven las hundidas proas.  
Y sobre las esteras sin tardanza  
Las glebas tienden, que el fecundo arado  
No sintieron y que eran su esperanza.  
Y arrojan luego la húmeda semilla  
Sobre la rica preparada arcilla;  
Siembran acá sobre flotante prado  
Blando maíz, que es dádiva de Ceres;  
Allá hortalizas; ni por esto faltan  
Hermosos y amenísimos jardines,  
De juncos, lirios, trébol y jazmines,  
Que Roma antigua consagró á Citeres;  
Y el terso lago esmaltan,  
Y son el reino donde Flora impera,  
Y asilo de la dulce primavera.  
Flotar apenas asombrosos vieron  
En medio de las olas  
Los campos de hortaliza y tenues violas,  
De su labor ufanos más se unieron;  
Y la rienda soltaron á porfía  
Á la expansión, contento y alegría;  
Y á remo, encima de las linfas claras,  
Los jardines llevaron,  
Y el difícil tributo al Rey pagaron;  
Prudentes reservándose otros huertos  
Que de Flora á las gemas añadieran  
Los gratos dones de la madre Ceres,  
Y de su industria monumentos ciertos,  
Al guardar de aquel hecho la memoria,  
Y de su ingenio, en las edades fueran.  
Y si un ladrón el huertecillo daña,  
Ó el cruel viento al madurado fruto  
Derriba acaso con temible saña,